

¿ Q U É   E S  
M E T A F Í S I C A ?

---

M A R T Í N   H E I D E G G E R

Traducción de: XAVIER ZUBIRI

## INTRODUCCIÓN

ENZO PACI

La filosofía de Heidegger es una filosofía de lo finito: por eso mismo es una filosofía de la immanencia. Nada prueba contra esta tesis el hecho de que en ella tengan eco las más profundas antinomias del alma religiosa, ni de que pueda vincularse fácilmente con Kierkegaard y con la *Teología de la crisis*. Pues si bien en Kierkegaard la religión es vivida como drama del hombre y de su destino, lo es de manera que la exasperación de la trascendencia religiosa es tal que compromete fundamentalmente la posible relación entre hombre y Dios, relación sin la cual es imposible, en el fondo, cualquier religión que lo sea verdaderamente.

Para el existencialismo el drama religioso es drama del hombre y únicamente del hombre. La demostración de que la trascendencia sólo está puesta por nosotros, en nosotros y para nosotros, ¿no significa la disolución de la trascendencia teológica y el reconocimiento de la religión como un hecho exclusiva y finitamente humano? En lo que respecta a la *Teología de la crisis*, sentimos, al leer a Barth, que la Biblia se transfigura en un drama; en drama que se vuelve contemporáneo nuestro y que ya no conoce las distancias de los siglos. Ella se convierte en la palabra de Dios que nos habla en todos los momentos de la vida y de la historia y no en la que nos ha hablado en un momento histórico definido y, me atrevería a decir, en la revelación de una religión determinada. La Biblia se disuelve completamente en un hecho interior del hombre. Dios es así tan inalcanzable que ya no es la trascendencia absoluta, sino que se convierte en lo puro trascendental, si por trascendental se entiende, siguiendo a Kant, aquello a lo que se tiende, pero que, apenas se cree alcanzado, nos abandona en la contradicción y en la paradoja. La teología de Barth es la demostración por el absurdo de la inmanencia.

Filosofía de lo finito es la de Heidegger, como filosofía de lo finito es todo el existencialismo verdaderamente tal. Si Heidegger habla de trascendencia, ésta tiene para él el significado del *Dasein*, que funda trascendentalmente el propio existir. Si para Jaspers la trascendencia está realmente en lo alto, contra y por encima del hombre, tal trascendencia es para él el ser puro que, separado de nosotros, experimentamos sin embargo como fundamento de nuestro existir. El quebrantarse de la existencia y la derrota de la razón revelan al existir lo trascendente, pero este trascendente no es sino el fundamento primero del existir que nosotros, para comprender la existencia, quitamos de nosotros mismos y proyectamos más allá de la vida y de la historia. El proyectarse de lo trascendente en Jaspers no está lejos de la trascendencia de Heidegger, con la cual el *Dasein* funda y comprende la propia existencia. Y para Heidegger la trascendencia tiene un significado netamente antidogmático. Más aun para Jaspers: precisamente porque toda existencia es finita y limitada, el existir pone lo absoluto fuera de sí para comprenderse a sí mismo; pues ninguna existencia finita es absoluta, y lo absoluto no es sino el término trascendental con que la existencia se funda a sí

misma. Es precisamente porque no hay ninguna verdad que pueda salir de lo finito y de los límites de la existencia; es justamente por esto que ninguna verdad humana tiene el derecho de ponerse como la verdad; que ningún pensamiento, ninguna acción y ninguna institución del hombre puede imponer dogmáticamente la propia visión de la vida. La trascendencia no es, la opresión de la existencia, sino el único modo con que el existir puede garantizar la propia libertad: nacida en lo finito y para lo finito, es la garantía de un orden de lo finito. No es la rebelión contra la filosofía, sino la valoración crítica de toda filosofía, y decimos crítica justamente en el sentido de Kant. ¿No es la dialéctica trascendental lo que en Kant transforma a Dios en un principio regulativo y condena toda metafísica dogmática que pretendía resolver y sistematizar definitivamente todos los problemas metafísicos?

Con lo que acabamos de decir no se quiere negar que la filosofía de la existencia contenga implícitos una infinidad de problemas de carácter religioso, ni se quiere negar que esa filosofía ofrezca la posibilidad para un renacimiento de los problemas de la religión, y que pueda acaso prestarse a una interpretación dogmática de tales problemas. No se quiere

negar, porque el existencialismo plantea justamente las antinomias que conducen al problema religioso. Pero tales antinomias son para el existencialismo un hecho del hombre y sólo del hombre, son el descubrimiento de un plano del ser en el cual el hombre busca en vano la explicación del misterio del propio ser, del propio destino, de la propia personalidad. Son los problemas que llevan a la esfera religiosa, pero apenas los hemos llevado a esa esfera ya están resueltos, han dejado de ser el drama del existir del hombre, son la solución de ese drama. Y como toda solución para el existencialismo es una fuga de la existencia, la transposición del plano del existir al plano de la religión es el desconocimiento de la existencia como plano del ser que tiene en sí su principio y su autonomía. El significado más profundo del existencialismo está en esto: en haber descubierto el plano de la existencia, como un momento en sí autónomo y conclusivo, como absoluta y pura problematicidad, como inquietud profunda que se ahonda en sí misma y no quiere pedir paz ni salvación. Todos nosotros, sin recurrir al tecnicismo filosófico de la filosofía de la existencia, podemos experimentar en nosotros la presencia de un momento semejante de nuestra vida. Momento que

no se deja definir ni asir porque su naturaleza es precisamente la de ser indefinible e inasible. Si lo confundimos con la experiencia religiosa, el momento desaparece, porque desaparece su finitud y su libertad. Si lo confundimos con la vida moral, nos transporta en seguida a un orden nuevo de leyes y de deberes. Si lo confundimos con el arte, concluye su inquietud en la catarsis de la forma y de la expresión. Si queremos transportarlo al riguroso plano del pensamiento filosófico, se convierte en racional, en lo pensado, antes bien, se transforma sin más en la claridad y en la perfección del pensamiento.

La existencia no es arte, no es pensamiento, no es vida moral; es más bien toda la inquietud que nos domina antes de la expresión estética, antes de la actuación de la ley moral, antes de la clarificación del pensamiento. Es la vida. Pero la vida aprehendida en su origen abismal y confuso, la vida que no ha sido aun expresada en ninguna forma de la vida.

¿Y qué es entonces? La nada, responde Heidegger.

La nada. ¿Pero qué es la nada? ¡Cuán fácilmente podríamos responder a esta pregunta! La nada es simplemente lo contrario del ser. Y como el ser es pensamiento o acción moral o arte, la nada es todo



lo que no es pensamiento, lo que no es vida moral, lo que no es arte. Es el error, es la obra de arte no lograda, es la acción moral no constituida por un actuar coherente y, formado, un actuar que no es acción sino pasión. ¿Pasión de qué? ¿Qué es lo que no nos permite realizar nuestra vida moral, lo que no nos permite ser buenos? El mal, responderemos. Pero no es necesario recordar a San Agustín para reconocer que el mal no tiene una realidad propia; el mal es lo que falta al bien para ser bien, es lo que hace que cada forma de la vida no sea realidad. Y lo que impide a la realidad realizarse es justamente la nada, lo negativo que toda forma del ser lleva en sí, el vacío que cada forma debe llenar, lo que falta, lo que no es: la nada.

Por cierto que no es un problema nuevo el de Heidegger; podría decirse que nace con Parménides en la afirmación eleática según la cual sólo el ser es, y nada podrá hacerse nunca para que el no ser sea. Problema que preocupó singularmente a Platón, cuando comprendió que la existencia del error, la existencia del sofista, estaba íntimamente ligada al problema de la nada. Pero si es tan antigua, la investigación filosófica sobre la nada es también moderna, más aun, contemporánea. Cuando decimos que

lo que es no puede ser otra cosa que el espíritu en la distinción de sus formas, nos asalta en seguida la pregunta: ¿Qué es, entonces, lo que no es? ¿Se dirá que también eso es una forma del espíritu? Y entonces, ¿cómo explicar el error, el mal, la obra de arte malograda? Pero se nos podría objetar que existe también una forma del espíritu que no es pensamiento, ni arte, ni vida moral. Y esta forma podría definirse como la forma utilitaria o económica, la vida, la existencia.

La existencia, que es precisamente el drama de nuestro vivir, drama sin solución en tanto es vivido en su inmediatez de dato vital, que en sí no se explica; drama que es profunda inquietud y angustia y nos empuja a menudo a la exaltación de nuestro puro egoísmo o a una serie de acciones que no son sino la expresión de nuestra pura y simple voluntad de conservación; drama que no es otra cosa que el continuar en nosotros de nuestra vida biológica o utilitaria o económica, continuada así, sin un porqué, sin que nosotros podamos atribuirle un fin, una explicación cualquiera, una justificación. Es ese plano de la existencia que Heidegger llama existencia trivial, existencia cotidiana en la que reina el anónimo *das Man*. El existir en el mundo no es aquí, para el hom-

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

